

Tú, prima, que conoces mi corazón, te puedes figurar la impresión que en él ha hecho semejante conducta.

Luego que le vi resuelto à permitir que viviera aquí nuestro antiguo maestro, me determiné por mi parte à tomar contra mi la mas eficaz precaucion que podia usar, que fué escoger por confidente à mi propio marido, no tener conversacion privada ninguna que no le refriese, ni escribir ninguna carta que no le enseñase, y me propuse escribir cada carta como si no hubiera de verla, y enseñarsela luego. En esta hallarás un articulo que me ha ocurrido de este modo, y si al escribirle no pude menos de pensar en que le habia de leer, me doy testimonio de que no me ha hecho esto mudar una silaba; pero cuando le he querido enseñar la carta se ha reido de mi, y me ha hecho el gusto de leerla.

Te confieso que me ha picado un poco este desaire, como si no se fiera de mi buena fe. Ha calado mi recelo, y me ha restituido mi serenidad el mas ingenuo y generoso de los humanos. Confiesa, me ha dicho, que hablas menos de mi en esa carta de lo que acostumbrabas. Convine en ello. ¿Era decente hablar mucho de él para enseñarle lo que decia? Pues bien está, replicó sonriéndose, mas quiero que hables mas de mí, y no saber lo que digas. Prosiguió luego en tono mas serio. El matrimonio es un estado muy austero y muy grave para sufrir todas las confianzas de frioleras del corazón que admite la tierna amistad. A veces templa este ultimo lazo como conviene la mucha severidad del otro, y es bueno que una muger honesta y de razon pueda cerca de una amiga fiel encontrar los consuelos, las luces y los consejos que sobre ciertas materias no se atreveria à pedir à su marido. Aunque entre vosotras dos no digais nada que no quisieras tú que yo supiera, guardate de hacer de esto ley, porque es de temer que te ate esta obligacion, y que sean menos gratas vuestras mutuas confianzas estendiéndose à mas personas. Creeme, la franqueza de la amistad se coarta de-

lante de un testigo, sea cual fuere. Mi secretos hay que deben saber los testigos, y que solo entre dos pueden decirse. Las mismas cosas fias de tu amiga que de tu esposo, pero no del mismo modo; y si quieres confundirlo todo, saccedera que tus cartas mas que à ella à mi irán escritas, y que no estarás à tu gusto, ni con uno ni con otro. Te hablo así tanto por mi interes como por el tuyo. ¿No ves que ya temes la justa vergüenza de alabarme en mi cara? Porque quieres privarnos, à ti del gusto de decir à tu amiga cuanto quieres à tu marido, y à mi del de pensar que en tus mas secretas conversaciones te complaces en hablar bien de él? Julia! Julia! añadió apretandome la mano y mirandome con dulzura: ¿te has de bajar à precauciones que tanto desdican de lo que eres, y no has de saber nunca estimarte en lo que vales?

Querida amiga mia, yo no acierto à decirte como hace este hombre incomparable, pero no sé sonrojarme de mi en su presencia. Mal de mi grado me encumbra à mas alta esfera que la mia, y veo que à fuerza de confianza me enseña à merecerla.

#### CARTA VIII.

RESPUESTA DE LA SEÑORA DE ORBE A LA SEÑORA DE WOLMAR.

¿Como así, prima? ¿con que ha llegado nuestro caminante, y todavía no le he visto à mis plantas cargado de los despojos de las Americas! Te advierto que es à él à quien acuso yo de la tardanza, porque sé que no menos ganas tiene que yo de venir; pero veo que no está tan olvidado como tú dices de su antiguo oficio de esclavo, y menos que de su negligencia, me quejo de tu tirania. Pues bonito me parece que quieras que una grave y formal melindrosa como yo se tome la delantera, y abandonando todos sus asuntos eche à correr para besar una cara morena y agironada (1), que ha pasado cuatro veces por debajo del sol, y ha estado en la tierra de las

especies. Pero cuando me haces reír es cuando empiezas à reírme, de miedo de que te riña yo antes. El enfadarme es oficio mio, que es mi gusto y le desempeño à las mil maravillas, y me cae muy bien; pero tú, no es posible ser mas torpe, y no te da el naípe para reír con nadie. En cambio, si supieras que gracia tienes cuando haces por que te riñan, que bonita te pones con tu cara confusa, y tus ojos que piden perdon, en vez de reír pasarías toda la vida solicitando misericordia, sino por obligacion à lo menos por parecer bien.

Por esta vez pidemela de todos modos. Pues no estaba malo el proyecto de hacer de su marido su confidente; por cierto precaucion muy satisfactoria para amistad tan santa como la nuestra. ¿Injusta amiga y muger pusilanime! ¿pues de quien fiarás tu virtud en la tierra si de tus afectos y los míos te desconías? En el sagrado lazo en que vives puedes sin ofendernos à entrambas, tener tu corazón y mi indulgencia? No puedo comprender como no te ha repugnado la idea sola de admitir un tercero en las parladorias secretas de dos mugeres. Yo por mi, gusto mucho de charlar à mi sabor contigo, pero si supiera que alguna vez los ojos de un hombre andaban haciendo registro de mis cartas, no tendria gusto ninguno en escribirte, poco à poco se introduciria entre nosotras con la reserva la tibieza, y no nos querriamos mas que como otras dos mugeres cualesquiera. Mira à lo que nos esponia tu desconfianza tonta, si no hubiera tenido tu marido mas juicio que tú.

Ha obrado con mucha prudencia en no querer leer tu carta. Acaso hubiera quedado menos satisfecho con ella de lo que tú esperabas, y menos de lo que yo misma lo estoy, porque el estado en que te he visto me enseña à juzgar con mas timo de aquel en que te veo. Todos esos sabios contemplativos que han pasado su vida estudiando el corazón humano saben menos de las verdaderas señales del amor que la mas limitada de las mugeres sensibles. El señor de Wolmar habria notado lo primero que gastas toda tu carta en hablar de nuestro amigo, y

no hubiera visto la posdata, en que no dices palabra de él. Si hubieras escrito esta posdata diez años hace, no sé, hija mia, como hubieras hecho; pero hubieras metido por alguna rendija en ella à tu amigo, eso mas que no la habia de ver el marido.

Tambien hubiera notado el señor de Wolmar la atencion con que has examinado à tu huesped, y el gusto que eu describirle tienes, pero se tragaria à Platon y à Aristoteles antes de saber que à su amante se le mira, y no se le examina. Todo examen requiere una sangre fria que nunca tiene quien ve lo que quiere.

Finalmente se imaginaria que todas esas mudanzas que tú has observado no las hubiera reparado otro, y yo al contrario me temo que he de hallar otras que tú no hayas notado. Por diferente que sea tu huesped de lo que era, todavía mudaria mas si no estuviere mudado tu corazón, siempre le verias el mismo. Sea como fuere, apartas los ojos cuando te mira, tambien es buena señal. ¿Los apartas, prima! ¿con que no los bajas? Porque ciertamente no has equivocado una voz con otra. ¿Crees que tambien hubiera notado eso nuestro sabio?

Otra cosa muy capaz de dar inquietud à un marido es un no sé que tierno y afectuoso que queda en tus expresiones hablando de lo que quisiste. Quien te lea ó te oiga hablar necesita concocer bien para no equivocarse acerca de tus afectos; necesita saber que hablas así de uno que no es mas que tu amigo, ó que hablas así de todos tus amigos, pero en cuanto à esto, es natural afecto de tu caracter que tiene sobrado conocido tu marido para asustarse por ello. ¿Como en corazón tan tierno la amistad mas pura no se ha de dar cierto aire al amor? Escucha, prima, todo cuanto aquí te digo debe infundirte valor, pero no temeridad; tus adelantamientos son sensibles, y no es poco. Yo solo con tu virtud contaba; y empiezo à contar con tu razon; ahora doy tu cura, sino por acabada, por facil à lo menos, y ha hecho justamente lo suficiente

(1) Señalado de viruelas.